



Rasgos del cristiano del año 2000

EL título de estas reflexiones puede sonar algo pretencioso. Como si nos halláramos volcados sobre una bola de cristal que nos permitiese leer el futuro. Nuestra intención es más modesta. Nos preguntamos para qué futuro a no muy largo plazo debemos prepararnos y qué rasgos de nuestra fe parecen más necesarios en el momento actual.

Todo cambia

EL ritmo de cambio, siempre presente en la vida humana, se ha acelerado en los últimos siglos, a partir del Renacimiento y sobre todo desde la Ilustración. Sin ingenuidades adolescentes se puede decir que el ser humano ha ido pisando cada vez con más fuerza por el sendero de la autonomía. Los astros «ya» no son movidos por los largos dedos de un creador invisible ni las enfermedades se deben a la maldición de un espíritu maligno. El ser humano ha ido forzando las puertas de recintos que antes le estaban cerrados. La organización de nuestro mundo no es un

proyecto impuesto desde arriba, sino resultado del entretejido de decisiones humanas.

Cambia la imagen de Dios. *La «hipótesis» Dios no es ya tan imprescindible para explicar el universo. Ha sido bajado de las plataformas donde se programan las grandes decisiones. La sociedad ya no descansa, por echar mano de la expresión machadiana, «a la sombra de la Iglesia». De ser «altavoz de Dios», la Iglesia ha pasado a ser a los ojos de muchos una institución que defiende con terquedad cuasi-irracional su ideario moral, sus intereses institucionales y sus plataformas de poder, sus pactos con los poderes de este mundo.*

LA imagen de Dios *no sólo cambia, sino que parecería que se está hundiendo. Piensan algunos que hoy ni siquiera se debe ya hablar de «crisis de Dios». Como si se tratase de un artículo fuera de temporada. Despiertan actualmente mucha mayor atención los mecanismos del mercado, los vaivenes de las bolsas o la creación de espacios individuales que permitan cultivar la propia realización y felicidad personal. Estaríamos despidiendo sin especiales traumatismos –son opiniones expresadas en las últimas horas del año que acaba de terminar– a las formas, hasta ahora tradicionales en Occidente, de creer en Dios.*

Algunas ráfagas de este viento podrían haber sacudido incluso a las propias iglesias. No hace mucho, un conocido sociólogo religioso (Zulehner) hablaba así: «El mayor pecado de la Iglesia es el ateísmo eclesial. Es una palabra muy dura: el mayor pecado de la Iglesia actual es la debilidad de su mística».

Este clima afecta no sólo a las comunidades, sino a los propios individuos. Por supuesto, a los no creyentes, que se sienten socialmente respaldados en su rechazo. Pero también a los que quieren seguir siendo cristianos o no han renunciado del todo a serlo. Ciertamente es que una cuota

*importante de la población, en ocasiones «puntuales» de la vida, echa mano compulsivamente de algunos ritos religiosos (Bautismo, boda, funerales). Pero el lejano Dios de la infancia es para no pocos españoles «un juguete roto», que además no tiene fácil compostura. Seguirán considerándose de algún modo cristianos, aunque se hayan aligerado, por inasumibles, de algunos de los dogmas importantes de la fe. Son creyentes –en expresión de un teólogo francés, J. P. Jossua– que pretenden **vivir deliberadamente la fe católica desde una interpretación propia**. En realidad, carecen de motivos suficientes para ser creyentes y quizá no tienen el necesario coraje para declararse ateos.*

¿Algo queda?

ESTE esbozo que acabamos de hacer tiene mucho de incompleto y hasta arbitrario. Pero puede servir como arranque para tomar conciencia de la situación y atravesar así el umbral del año 2000.

Sea cual sea la visión que se tenga de nuestra actual coyuntura espiritual, se puede adelantar que la decisión de creer hoy y en el próximo futuro tendrá que ser decididamente **personal**. Una persona no podrá ya considerarse cristiana sólo porque sus padres la apuntaron al bautismo o porque ser católico es algo que en sí no hace daño y hasta puede contribuir a una cierta estabilidad social. Hay un dicho alemán («hace tanto tiempo que viene siendo que pronto ya no será verdad») que Hegel aplicó al cristianismo: «Hace ya tanto tiempo que Cristo ha muerto por nuestros pecados que pronto ya no será verdad». Resumía así Hegel su propia reacción y la de sus contemporáneos ante el mensaje cristiano de la Encarnación y Redención. Algo parecido podría decirse hoy y aquí de la fe de los católicos. En una situación de

acentuado pluralismo, en que tantas rutinas se tambalean, es necesario que los que creen o quieren creer de verdad sepan conscientemente por qué creen.

*Y esta decisión personal no es puro asentimiento intelectual o ciega tozudez del corazón. La cita de Rahner de hace bastantes años ha sido muy repetida: «**El cristiano del futuro será un místico o no será [nada]**». Al hablar de mística no se refería a vivencias al borde de lo sublime o de una sospechosa paranormalidad.*

*El cristiano será, o deberá serlo, porque él mismo ha hecho **su propia experiencia de Dios**. Porque al creer no sólo dirá con sus labios sino que desde su propio yo sabrá de qué está hablando.*

*Esa experiencia del cristiano del 2000 será la del encuentro con un **Dios personal**. A lo largo de su búsqueda, irá coincidiendo con muchos y muy diversos caminantes. No pocos de ellos, por ejemplo los musulmanes y los hindúes, sintonizan calurosamente con los ideales éticos predicados y vividos por el profeta Jesús de Nazaret. La figura de Jesús sigue estando presente hoy en las pantallas de los cines y las portadas de grandes semanarios de difusión. Y, sin embargo, el secreto más hondo de ese Jesús no es un programa atractivo de convivencia humana o un ideal de solidaridad vivido con seductora coherencia. El yo profundo de Jesús se remonta, misterio arriba, hasta el hondón de Dios. Y con ello interpela provocadoramente a los cristianos. Si quieren creer, también ellos tienen que aceptar, con jugosa decisión, una relación filial con un Ser personal a quien se vive e invoca como Padre.*

Padre porque tiene hijos

EN una perspectiva cristiana —en Cristo el propio Dios se ha metido hasta el repliegue más

*estremecido de la humanidad— no se puede acceder al Padre esquivando a los hijos. El encuentro con el Dios cristiano comporta ineludiblemente **el acercamiento fraterno a los otros.***

Se hace entonces más claro que este rasgo insuprimible del cristiano del año 2000 tiene consecuencias, visibles a corto plazo. Se ha escrito que en tiempo de crisis los ricos se hacen ateos. Si esto fuese así, no parece difícil aventurar una explicación. Esa fe tenía más de barniz o de maquillaje que de convicción arraigada. Porque el Dios que se manifestó en Jesús aguantó y sobrevivió inexplicablemente a todas las «crisis».

EL encuentro con el otro tiene que ser solidario. *¿Qué lugar ocupan «los otros» en la fe actual? Hoy día se habla mucho, y se practica, la solidaridad. Hay que felicitarse sinceramente por ello. Existe una mayor preocupación por lo social y un deseo más acentuado de «hacer algo». Que el dolor de los otros suscite en nuestro corazón una respuesta rápida es un rasgo positivo. No somos del todo máquinas. Y aspiramos a no serlo nunca.*

Pero, como todos los valores en alza, la solidaridad se presta a no pocas falsificaciones. Quienes han estudiado más de cerca el fenómeno del «voluntariado» creen detectar en algunos voluntariados (ino en todos!) el peligro de un cierto «paracaidismo social». Si todo se quedase en asistencialismo paternalista, en lavado rápido de la propia conciencia o incluso huida de frustraciones personales, el voluntariado tendría más de trampa que de salvavidas.

La solidaridad no es un sustitutivo de la justicia. *En el plano de los principios, las relaciones entre los seres humanos deben estar regidas por la justicia. El acercamiento al sufrimiento del otro, cuando se hace desde el deseo sincero de compartir el dolor —esto es la*

com-pasión— lleva connaturalmente no sólo a curar la llaga que hoy sangra, sino a indagar qué es lo que produce tan continuadas heridas y la manera eficaz de evitarlo. Jesús no practicó una especie de bandolerismo social de «saquear» a los ricos para socorrer a los pobres o de colocar arbitrariamente arriba a los que estaban debajo. No excluye a nadie y la innegable preferencia de Jesús de Nazaret por los pobres no se debe al hecho de que ser pobre constituya de por sí una garantía de que se es mejor o de que se poseen méritos conseguidos por el propio esfuerzo. Pero lo que Jesús vivió y dijo, lo que en definitiva fue, exige de los que quieran seguirle que sean y vivan de otra manera.

Y aquí empiezan a **destaparse «consecuencias»**. Tenemos una noción de justicia, heredada del derecho romano, según la cual hay que dar a cada uno lo suyo. Ni más ni menos. En la Biblia, en cambio, que es donde se mueve Jesús, la justicia consiste ante todo en dar oportunidades de vivir al que no las tiene, en defender a los que son incapaces de defenderse a sí mismos. Se comprende así que, a la luz de estos criterios, nuestra ignorancia práctica del Tercer Mundo es anticristiana. Y toda solidaridad cerrada, que no se rebase a sí misma hacia el encuentro de la justicia, sería insuficiente y sospechosa. En los grandes pronunciamientos oficiales, la figura de Juan Pablo II resulta especialmente actual por las muchas veces en que ha señalado metas sociales y ha puesto el dedo en carencias concretas. Precisamente por eso, el cristiano del año 2000 tendrá que pasar de los discursos ambiciosos a los hechos. No es cuestión sólo de «conocer» desde la barrera las necesidades ingentes de tantos millones de seres humanos ni de formular vagos propósitos. Se trata de mucho más, de dejarse afectar, de sentir. Con lucidez, tan certera como ácida, Brecht señalaba que lo contrario

de la bondad no es la maldad sino la «buena intención».

Para salir del refugio de las «buenas intenciones» debemos recordar que existen lugares privilegiados de toma de conciencia, plataformas desde las que la realidad no desfigurada se ofrece sin remilgos. Un filósofo actual se refería a ciertos horrores que están ocurriendo en el Norte de África (crucifixión de un niño en Argelia) y desafiaba de manera sangrante a los cristianos: **«¿Para qué sirve la religión en este año de gracia? ¿Para discutir a favor y en contra de los preservativos, ignorando al niño clavado a las puertas de Argel?»** Quienes deseamos seguir siendo creyentes, tendríamos que sacudir la actitud de discusión erudita con que abordamos el problema de la injusticia/justicia, para iniciar un camino de compromiso, de honradez con la realidad.

Por calles y plazas

QUEREMOS señalar un tercer rasgo. En lo dicho hasta aquí podría estar agazapado el peligro de quedar encerrados en una especie de reserva intimista. Como si el cristiano del futuro fuese un devoto que hace «caridades». El grupo de seguidores del predicador ambulante, Jesús de Nazaret, pronto se fue no sólo extendiendo sino institucionalizando. Cierto es que a esta multinacional institución, llamada Iglesia católica, se le pueden pasar muchas y abultadas facturas. No es menos cierto que en ella ha brotado un caudal inmenso que ha regado de humanidad, de solidaridad, de cultura no pocas parcelas —siglos y continentes— hasta entonces áridos. Con esa tradición, que es patrimonio e hipoteca al mismo tiempo, el grupo numerosísimo de cristianos del 2000 aspira a trabajar a pie de obra y codo con codo con cuantos quieren hacer más habitable nuestra «aldea

común». Más solidaria, más justa, más humana. Es consciente el cristiano de que no posee la llave maravillosa que abra todas las puertas del futuro. Pero cree, con esperanzada sencillez, que el Horizonte misterioso hacia el que camina, es meta de aspiraciones humanas de muy distintas creencias y colores. Y confía en que la luz que parpadea a lo lejos deja entrever un valle amplio en el que las muchas preguntas llegan a encontrarse ante una gran propuesta de conjunto, una acogedora oferta de sentido, abierta a cuantos buscan con honradez. Por ello los cristianos del 2000 saldrán a la calle, sin arrogancia de creerse los mejores pero sin paralizante complejo de inferioridad, para encontrarse en ella con todos los habitantes del planeta que son sus «convvecinos».

QUEDAN algunos rasgos importantes pero hemos rebasado ampliamente márgenes de espacio y paciencia de los lectores. En las últimas semanas, varios creyentes relevantes han expresado en voz alta sus «sueños»: una nueva manera de ser creyente en una nueva Iglesia. Las burocracias de todos los colores corren a apropiarse de los sueños, domesticarlos e intentar que encajen, evitando si es posible los chirridos en la propia maquinaria. Muchos de nosotros, con actitud cómplice, nos limitaremos a admirar como espectadores, pero desde lejos, a esos «soñadores». Lope de Vega atinó con una expresión: «siempre mañana y nunca mañanamos». Como creyentes del año 2000 nos ha tocado la urgencia de empezar a poner algunos gestos significativos. Quizá sean modestos en sus principios, pero pueden ser capaces de generar grandes cambios. Para ese cristiano del futuro, hoy es ya mañana.